## PARTE TERCERA

En un rio de diamantes he visto ahogarse la honra de muchas mujeres.

Sofia de Bellegarde.

Seis años han pasado.

En una casa de la calle de las Huertas, de Madrid, de apariencia modesta, vivían en buena armonía un matrimonio joven, cuatro niños, hijos de éste, y la madre del esposo.

Eran Daniel, Adriana, sus hijos y la madre del primero, ó sea la Condesa viuda del Villar.

La casa, ó mejor dicho, el cuarto segundo de la casa, era espacioso, pero ya de construcción antigua; mirándolo bien, nada había en él de elegante: las puertas pintadas de azul, las paredes cubiertas de papeles comunes y viejos, los cristales de los balcones pequeños y opacos, todo decía que se pagaba muy poco por aquella vivienda, atendidas sus grandes dimensiones.

Los suelos eran de ladrillo; los picaportes, de hierro; las maderas, deterioradas.

Es imposible defenderse de la impresión de tristeza que produce el aspecto de una casa vieja y descuidada, hasta en el ánimo más alegre, y fuerza es decir que estas casas sólo en España existen ya, pues en las grandes capitales del extranjero las más pobres viviendas tienen un aspecto limpio y elegante.

Sin embargo, lo que faltaba de limpieza al local lo suplía la limpieza del decorado; aún se veían en él restos de riqueza: en la sala grande ó salón había en los balcones cortinajes de brocado de seda, de colores vivos; la alfombra era buena; no había chimenea, pero en su defecto se veía una gran mesa redonda, cubierta con un hermoso tapete de lana, hecho por alguna mano hábil y diligente; las sillas, de brocado como las cortinas, era lo que estaba más viejo y maltratado en el salón.

Le ocupaban á la sazón una mujer joven, envuelta en una bata de subido precio, y cuatro niños; de éstos había dos de cinco años y gemelas. Se llamaban Dora y Augusta, dos nombres alemanes elegidos por su abuela paterna.

Otro niño de tres años que andaba á gatas por la alfombra, llevaba el nombre de Osvaldo, y otra tercera niña, aún de pecho, pues no había cumplido un año, dormía en una cuna de caoba, cerrada con cortinas de muselina: aquella niña se llamaba Clementina.

Adriana, la joven madre de todas aquellas

criaturas, no tenía aún veintiseis años, y, sin embargo, parecía contar veinte más; la indolencia y hasta la incuria se veían en todos los detalles de su traje y en todos los rasgos de su persona: eran las once de la mañana, y aún estaba con el cabello suelto y los ojos adormecidos; tendida en un sillón, envuelta en una bata de merino azul, que ni aun se había cuidado de abrochar, y enseñando bajo el borde de la misma un pedazo de enagua blanca, de una limpieza muy problemática, presentaba la imagen desoladora de la más perfecta incuria y del desaseo más completo.

La degradación progresiva del sér moral, el embrutecimiento de la pereza, se habían esculpido en todos los rasgos del semblante de Adriana: sus ojos, tan grandes y hermosos en otro tiempo, estaban irritados; su blanca tez, ajada por las pinturas, y que ya no se pintaba, tenía un color terroso y amarillento; estaba flaca y enfermiza, y su boca parecía mucho mayor, teniendo por completo descuidada y dañada la dentadura, antes semejante á una doble sarta de menudas perlas.

¿Cómo seis años habían hecho en aquella joven un cambio tan doloroso?

Porque así como una vida laboriosa es sana para el cuerpo y para el espíritu, así la vida de molicie y de pereza agosta la belleza, arruína la salud y extingue en el alma todo instinto de lo bello.

La influencia del amor de Daniel no había bastado á extirpar del alma de su joven esposa la fu194

nesta semilla de una educación viciada y absolutamente destituída de moral; la vida es una cosa grave y triste, y Leocadia había enseñado á su hija á mirarla como una perpetua fiesta: ásí aquella joven alma, que no estaba preparada al dolor, á la paciencia, al sacrificio, al trabajo, á la abnegación, cayó en una especie de fatiga, en una indiferencia, en un mal humor habitual, que hacian de ella un sér excepcional y aborrecible.

Cada hijo había además traído á Adriana una larga y penosa enfermedad; los gastos se habían multiplicado; las nodrizas que se buscaban para cada niño aumentaban el desorden. Adriana no sabía ni podía cuidarse de gobernar su casa, y paso á paso, poco á poco, el bienestar que Daniel había hallado en los primeros días de su matrimonio se había ido convirtiendo en una situación dificil primero, precaria después, y, por último, muy dolorosa.

Los gritos del niño que andaba por el suelo sacaron á Adriana de su torpeza ó soñolencia; abrió los ojos, vió al niño cerca, y alargando el pie le empujó levemente, diciéndole con aspereza:

-¡Cállate ya!

La criatura rompió á llorar ruidosamente.

Adriana volvió á recostarse, y dijo á una de las gemelas:

-Dora, llama.

La niña tiró del cordón de la campanilla, pero nadie apareció.

-¡Vuelve á llamar, estúpida! - gritó su madre. Y como viese que la segunda llamada tampoco daba resultado, se levantó ella misma, y llamó con tal furia que la campanilla resonó en todos los ángulos de la casa.

Este movimiento dejó ver que se hallaba en los últimos meses de otro embarazo.

Al estrépito de los reiterados campanillazos apareció una criada sucia y mal vestida.

-¿Qué haces que no pareces por aquí?-exclamó Adriana con enojo.

—Me tenía ocupada la señora Condesa,—respondió la muchacha.

-¿En qué?

-En limpiar el cuarto de las niñas.

—Déjalo todo como esté y llévate á esa criatura, que me rompe la cabeza con sus lloros.

La criada tomó á Osvaldo, que gritaba y pateaba, y se lo llevó á la fuerza.

-Vosotras á sentaros ahí, y cuidado con moverse, -dijo Adriana á Dora y á Augusta.

Y se volvió de lado en el sillón, cerrando de nuevo los ojos.

Pero su reposo fué de corta duración: la niña que estaba en la cuna, despierta ya por los gritos de su hermano, se agitó y empezó á gemir á su vez.

-¡Esto es insufrible!-exclamó Adriana.-Llamad al ama.

Augusta iba á salir con su pequeño paso aún

vacilante; pero al abrir la puerta se halló de cara con otra persona que iba á entrar.

-Abuelita, ¿y el ama?-preguntó.

—Durmiendo, hija mía—contestó una dulce voz.

-Mamá la llama...

—Aquí estoy yo—dijo la abuela:—la pobre ama ha pasado la noche en vela con el niño, y ahora es justo que duerma.

—Se la paga para que vele con el niño cuando éste lo necesite—dijo Adriana:—por tanto, que la

Hamen.

- —No, hija mía—dijo la Condesa, que era la persona que había entrado:—si la fatiga que se la imponga es superior á sus fuerzas, esa buena nodriza nos dejará.
  - -Se buscará otra.

—¿Y hasta que parezca? tendrá hambre nuestra pobre Clementina, y quizá morirá.

-¡Tanto mejor para ella y para mi también!

-dijo Adriana bruscamente.

—¡Pero no para su abuela!—repuso la Condesa, tomando á la niña de la cuna.—¡No, su abuela no quiere que Clementina muera, ni su padre tampoco!

-¡Ni yo, ni yo!—dijeron á su vez Dora y Augusta.—¡Pobre Clementina, es tan bonita y tan pequeña! ¡Ah, no, abuelita, que no se muera!

-No se morirá, hijas mías.

-¡Muchas penas se ahorraría! - murmuró

Adriana.—Con el padre que tienen, más les valdría morirse á todos.

—Adriana—dijo la Condesa con una dulce firmeza,—no hables así de Daniel, ni en presencia mía ni en la de sus hijos; eso es cruel y degradante á la vez: cruel para mí y para mis nietos; degradante para tí.

-¿Aún le disculpa usted, señora?

-Es mi hijo.

—¡Diga usted más bien que es su verdugo!

-¿Por qué he de decir eso, si no lo pienso?

-¿No ha tenido usted que dejar su casa para dar á su hijo su pensión entera?

—Sí, por cierto; para ayudaros con todo lo que poseo he venido á vivir con vosotros.

-¿Y por qué no trabaja él en vez de aceptar ese sacrificio?

-Para mí no lo es: estando á vuestro lado, y al lado de mis nietos, soy dichosa.

—Señora—dijo Adriana con amargura, —esa longaminidad de usted pierde á Daniel. ¿No le haría usted un bien mayor persuadiéndole de que debe utilizar su carrera y trabajar?

—Ya lo he hecho, hija mía, — contestó sin descomponerse ni indignarse la Condesa; y sentándose en una silla baja se puso á mecer á la niña, que inquieta y afligida lloraba sin consuelo.

—¿Y cómo lo ha hecho usted?—exclamó Adriana.

- -Como debía hacerlo: aconsejándole, rogándole por tí y por vuestros hijos.
  - -El no hace caso alguno de los ruegos de usted.
- —Pues nada más puede hacerse que rogar á un hombre, querida Adriana,—repuso la Condesa.
- —Usted podía reconvenirle, amenazarle; ¿no es usted su madre? ¿No tiene el deber de recordarle los suyos? ¡Si hubiera yo sabido cómo había de volverse Daniel, jamás hubiera sido su esposa!
- —Mi pobre Adriana, cálmate—dijo la Condesa.—Daniel está cansado de la vida, del matrimonio...
- —¡Y de mí, y de sus hijos!—exclamó violentamente Adriana:—demasiado lo sé.
  - -De sus hijos, no.
- —Entonces, ¿soy yo quien le aburre y le fatiga? Entonces, ¿es á mí á quien aborrece?
- -No; sino á la vida doméstica, tal como la soporta. Adriana, ¿por qué no cuidas tú de su bienestar y del tuyo?
- —Yo estoy enferma... estoy agobiada... la falta de dinero me angustia...;Ah! ¿Por qué fuí yo dócil hasta la necedad á las exigencias de Daniel?
  - -¿Qué quieres decir?
- —¡Que hice muy mal en rehusar los donativos de mi madre, única persona que me quiere!
- —Si hubieras admitido esas dádivas hoy no tendrías marido.
- —Tampoco así lo tengo. ¡Para lo que se cuida de mí!

- —Si hubieras aceptado el dinero que tu madre te daba, Daniel no hubiera vivido contigo; conozco demasiado su dignidad.
- —Y así tampoco vivirá conmigo durante largo tiempo, se lo aseguro á usted.
  - -No te comprendo.
- —Se verá muy pronto libre de mí, porque ó me moriré, ó me iré con mi madre.
  - -Lo que sería matarte moralmente.
  - -- ¡Cómo, señora! ¿Acusa usted á mi madre?
- -¡Sí, Adriana! La acuso de muchas cosas, y la primera es de falta de cariño para tí.
  - -¿Que no me quiere mi madre?
- -No, tu madre no te ha amado jamás: de lo contrario, te hubiera educado de otro modo: te hubiera enseñado á sufrir los contratiempos de la vida, á tener paciencia, á querer á tu marido y á tus hijos con abnegación y con fidelidad. ¿Piensas acaso que las demás mujeres hallan en esta vida un jardín de rosas? ¿Piensas que nadie sufre más que tú? ¿Y-no ha debido tu madre enseñarte que el destino de la humanidad no es solamente el goce y la alegría? ¡Ahora es ya tarde, mi pobre Adriana! Estás desanimada; la lucha te ha hallado sin fuerzas, porque ni aun la religión te presta las suyas. ¿Qué haremos contra una enfermedad que puede ser mortal, si no pones tú, no algo, sino mucho de tu parte? ¿Qué haremos, hija mía? ¿Qué harás tú, sobre todo? Mi hijo me tiene á mí, á su madre que le adora, y sabrá sufrir con él hasta la

muerte. Tus hijos me tienen á mí, á su abuela, que es dos veces madre suya, y que por ellos velará y trabajará; ¿pero y tú, y tú?

—Ya lo he dicho, señora: ó me morirê, ó volveré al lado de mi madre; allí recobraré la salud y la alegría; en mi hermoso París, donde mi madre vive, olvidaré que he sido casada.

-¿Y olvidarás también que eres madre?

-También lo olvidaré.

—¡Te engañas y te calumnias á tí misma!—exclamó la madre de Daniel con una indignación dolorosa:—eso es lo que no se olvida jamás; el egoismo ha hecho su presa en tí, y ahoga en tu alma hasta los afectos más santos; pero sepárate de tus hijos, y te desafío á que los olvides.

—Ellos me han quitado la salud y el gusto de la vida; ellos nos arruinan.

—¡Pobres ángeles!—exclamó la abuela, confundiendo en un mismo abrazo á las tres niñas;—¡ellos causar el disgusto de la vida, cuando son las solas flores que hay en ella!

Para mí son espinas, señora; yo creo además que no amo á mis hijos por la conducta de su padre: éste se ha cansado por completo de mí, ya lo sabe usted; apenas le veo, y sin ocupación ninguna pasa el día no sé cómo; viene á acostarse al amanecer, y ya no almuerza ni come conmigo.

—¿Y cómo ha de almorzar, si te levantas á las dos?

-Señora-repuso Adriana,-ya que usted ex-

cusa á su hijo en todo lo que hace, no haga el empeño de que yo le excuse también: conmigo tiene deberes que no ha cumplido, y para hacerme tan desventurada no debía haberme unido á su suerte; yo estoy ya cansada de sufrir; soy muy joven todavía, y la vida, tal como la columbro, me espanta; la dejaré, pues, ó variaré sus condiciones.

La pequeña Clementina se había dormido en la falda de su abuela; ésta inclinó hacia la niña su rostro entristecido, en el que se veía impresa una viva expresión de sufrimiento, y contempló á la criatura durante algunos instantes, como si hubiera querido hallar algún valor. La tempestad del dolor agitaba aquella alma santa y noble; sus cabellos estaban casi blancos; á cada lado de la boca se había formado un pliegue tristísimo, y triste por demás era también la mirada de sus ojos.

Después de mirar algunos instantes á la niña, iba á hablar; pero la puerta se abrió con estrépito, y un hombre descolorido, descompuesto y con el semblante huraño y contraído, apareció en el umbral.

## II

La persona que había a parecido era Daniel.

Al verle, su mujer hizo un gesto, en el que entraban por partes iguales el terror y el fastidio más profundo..

La abuela, previendo la escena que iba á tener

lugar, y deseando evitar que las dos niñas mayores la presenciasen, tomó á Clementina en sus brazos, asió á Dora de la mano, é hizo señas á Augusta para que las siguiese, saliendo los cuatro de
la estancia.

—¡Oh, mi pobre madre!—suspiro Daniel, siguiéndola con una mirada tristísima.

—¿Qué le sucede á tu madre?—preguntó con insolencia Adriana, incorporándose y mirando á su marido, que le respondió con otra mirada de cólera.

-¿Qué le sucede? ¿Y tú me lo preguntas?

-Ciertamente: te lo pregunto.

—¿No ves el martirio á que se ha sometido? ¿No lleva sobre sí todos los cuidados de la casa y todo el que dan cuatro niños?

Para eso es abuela, y, como todas, está en

sus glorias.

- —Adriana—dijo severamente Daniel,—esta situación que tú has creado no puede seguir: mi madre no se queja, es verdad; pero mi corazón se queja al verla sufrir; es necesario que tú empieces á ser lo que no has sido nunca.
  - −¿Y qué es?

—¿No lo sabes? ¿No sabes que la mujer que se casa tiene deberes muy sagrados?

—No lo sabía: nunca he conocido casada á mi madre, sino joven y hermosa y disfrutando de cuanto hay de bello en la vida; pero si hay deberes para la mujer, creo que también los habrá para el esposo, y yo no veo que tú cumplas ninguno. En cuanto á que me tome más cuidados y fatigas de los que tengo, no lo esperes de mí: tu madre está en su centro siendo ama de casa, abuela, providencia doméstica; en una palabra, cuando tenga el quinto nieto se encontrará aún mejor.

—Pero yo me encuentro muy mal viendo que sufre y que los cuidados de esta casa superan á sus fuerzas; es preciso que tú tomes tu parte.

-Yo no sé hacer nada; ya lo debías saber al casarte conmigo.

-No sabía tal cosa.

—Debiste, á lo menos, suponerlo: con el método de vida que llevaba yo al lado de mi madre, ¿pensabas que valdría para ama de gobierno?

—¿Y mi madre? ¿Piensas tú que la noble, la opulenta Condesa del Villar, se ha ocupado jamás de los humildes trabajos á que tu holganza la condena? ¿Crees que ha nacido para llevar tan amarga vida en sus últimos años?

-Ya te he dicho que eso es toda su delicia.

—No: eso es una gran resignación; mi madre es una santa.

-¡Dichosa ella! Yo que no lo soy, te advierto que estoy cansada y aburrida de esta vida que llevo, y que me voy al lado de mi madre.

-Tú permanecerás en tu sitio, que es esta casa.

—Te aseguro que no; ¿con qué derecho me has condenado hace siete años á esta vida de privaciones y de obscuridad? Si mi madre me permitió casarme contigo, es porque, aunque sabía que eras pobre, contaba con ayudarme; pero tú has tenido la estupidez de hacerme rehusar su auxilio, y lo que tú posees, junto á lo que posee tu madre, no basta para que vivamos sin ahogos.

-No quiero que aceptes lo que es de mi hermano.

- ¿Y tu hermano, por qué no te da más dinero?

—Porque tu madre dilapida todas las rentas de su casa; porque ya gasta del capital; porque la vida de locos gastos que llevan en París los conduciría á la ruína; en una palabra, porque mi pobre hermano, desde hace cuatro años, tiene alterada la razón.

-No la tuvo nunca muy cabal.

—¡Eso es obra de tu infernal madre!—exclamó Daniel con tanta cólera, que de sus ojos brotó un relámpago siniestro;—¡tu madre es la causa de la perdición de toda mi familia! ¡Tu madre te aconseja que no reconozcas ningún deber, que te separes de mí, que te vayas á su lado, porque en esa mujer funesta, hasta el cariño maternal es origen de crímenes y desdichas!

Adriana se incorporó en su asiento, echó hacia la espalda las enmarañadas madejas de sus cabellos, abrió sus ojos medio entornados, en los que brillaba una luz extraña, y dijo á su marido con voz tranquila:

-Te agradezco que hayas provocado esta ex-

plicación, y te agradeceré más que me escuches un instante.

—¿Qué puedes decir para justificar á tu madre, para justificarte?—preguntó Daniel.

—Ni una palabra, ni lo intentaré siquiera; sólo te diré una cosa: que esta situación me ha llegado á ser del todo insoportable, y que no puedo prolongarla.

-¡Cómo! ¿Qué quieres decir?

-Que deseo una separación amistosa.

-¡Eso jamás! ¡Quedarme yo sin mis hijos!

—¡No, si no quiero llevarme ni uno solo!—repuso Adriana con gran naturalidad:—te los dejaré todos y los cuidará tu madre.

-¿Luego los abandonas?

-¡Yo no les sirvo de nada!

-¿Y cuál es tu designio? ¿Qué harás?

-Irme con mi madre á París.

-¡No!

-¿No te agrada una separación amistosa?

-¡No!

-Llevémosla á cabo judicialmente entonces.

-¡No!

—¿Tampoco así la aceptas? ¿Quieres tener mi suerte unida á la tuya por fuerza?

—¡Por fuerza, aunque no quieras! ¡Esa es la sola manera de castigar tu horrible egoísmo, la sequedad de tu corazón!

—Ten cuidado, Daniel; mira que yo estoy resuelta á dejarte, y lo haré. -Yo lo impediré.

—¡No te amo, y nadie podrá retenerme á tu lado!

—Yo no te amo tampoco—exclamó exasperado Daniel,—y, sin embargo, por mis hijos no consentiré en lo que deseas, á no ser para encerrarte en un convento.

—¿Y con qué pagarías mi pensión de alimentos?
—preguntó Adriana con una risa sardónica;—
¿crees que me tendrían gratis, ó que mi madre
pagaría mi encierro? En cuanto á tu hermano, tú
lo has dicho, está completamente idiota, y tampoco podría ayudarte en la noble empresa de castigarme.

—¿No hay en tí un resto de corazón?—exclamó Daniel, quien en su orgullo varonil había dicho á su mujer que no la amaba ya, pero que en realidad la adoraba.—¿Por qué quieres romper tu posición de una manera violenta? ¿Por qué no aprendes de mi madre un poco de paciencia y de abnegación? ¿Estás irritada porque te veo poco, porque me he emancipado hasta cierto punto de los lazos conyugales? ¡Ay, Adriana! ¡Si supieras qué triste es para el hombre la casa, cuando la mujer no la ilumina con su amor, con su ternura! ¡Nosotros somos egoístas, y buscamos la alegría y la luz: la obscuridad nos aterra!

—Eso mismo me sucede á mí: soy egoísta, y aquí me siento morir de tristeza.

-¿Insistes en dejarnos?

—Sí: tú no me quieres ya, yo tampoco á tí; ¿qué hacen las bendiciones con que nos unió el sacerdote, cuando los corazones están alejados uno de otro?

-¿Tienes quejas de mí?

—¡Sí, y muy grandes! ¿No hallas medio ninguno de tener dinero. ¿Por qué no trabajas para ganarlo?

-¿Y no piensas en que puedo serte infiel?

-Nunca he pensado en eso.

—¿De modo que me dices la terrible verdad? ¿no me quieres ya?

-Te he dicho la verdad.

-Pues bien, Adriana; oye á tu vez lo que yo debo decirte: depende de esta entrevista, de esta conversación dolorosa para mi, y que para tí no puede ser tampoco muy grata, el porvenir de nuestros hijos; á lo menos por ellos, oye una vez la razón, porque no quiero amenazarte. Aún podemos, poniendo cada uno de los dos algo de su parte, aún podemos hacer nuestra situación más soportable... yo trabajaré; no eran infidelidades del corazón, ni aun siquiera caprichos pasajeros lo que me llevaba lejos de tí, no: yo te quiero todavía, y este afecto, que se va entibiando, llegaría de nuevo á la pasión si tú pusieras algo de tu parte, si tú fueras de nuevo la Adriana que yo conocí; ¡eras tan linda, tan dulce, tan elegante, tan seductora! Seducías hasta por tus mismos defectos, tanto como por tus cualidades... ahora

éstas han desaparecido, y los defectos han tomado un carácter terrible... te has vuelto fea, dura, indiferente, descuidada, horrible...; Adriana, si me ayudas un poco yo renaceré... yo seré otro... si no, estamos perdidos!

-Daniel-contestó Adriana sin emoción alguna,-yo no puedo ser ya lo que he sido: la belleza ha huído de mí; estoy enferma, sin fuerzas... la Adriana que tú conocías se fué con mi madre... te he amado cuanto he podido... yo no sé mandar á mi corazón, que está lejos de aquí...

-¿Con tu madre?

-Sí... con mi madre... Mi sola aspiración, mi solo anhelo es ir á su lado.

-¡Oh, Dios maldiga á tu madre!-gritó Daniel enfurecido, y chocando aún otra vez, en su dolor impotente, contra aquella helada naturaleza.

-Calla-repuso Adriana,-no digas eso, porque mi madre no tiene la culpa de nada de lo que me sucede; como vo, es una criatura débil v viciosa, y no me ha enseñado más que á agradar, á ser bonita... Yo no servía ni para esposa ni para madre... con mi belleza se han ido mi alegría, mi dicha, mi presente. Déjame ir á buscar el porvenir.

-No velvamos á lo mismo.

-Yo no puedo hablarte de otra cosa.

Daniel abrió la puerta de la estancia y se precipitó en la sala contigua; sus ojos estaban llenos de relámpagos, su frente ardía, sus pálidas me-

jillas estaban vestidas de un carmín arrebatado cruzó la antesala, y asomándose á un corredor vecino, gritó con voz trémula:

-; Mamá, mamá!

—Aquí estoy—respondió la Condesa apareciendo á la puerta de otra estancia: —¿qué quieres?

-¡Que vengas!

-¿A dónde, hijo mío?

-Ven, sígueme, -exclamó Daniel.

Y en su extravío tomó la mano de su madre, y la condujo con él hasta el aposento donde había quedado Adriana sola y enteramente libre del letargo de su pereza, por el temor de lo que iba á suceder.

## III

Al entrar en la estancia, la Condesa miró á Adriana, y se asustó del cambio operado en su fisonomía: todas sus facciones respiraban una solución helada y fiera; no era ya la imagen de la molicie ó la debilidad; se leía en sus ojos una especie de desafío.

Su mirada, como un relámpago de acero, fué á chocar contra la de su marido, que, indignado, se adelantó hacia ella con rabia y dolor tales, que su madre palideció de espanto.

—¡Yo mataré al fin á esta mujer!—gritó Daniel lívido de cólera y con los dientes apretados.